

Introducción

Patricia Ramírez Kuri y Miguel Ángel Aguilar Díaz

Este libro se propone contribuir a la reflexión y al debate sobre la condición urbana en la ciudad actual, en la que espacio, sociedad y cultura se interconectan definiendo contextos histórico-geográficos específicos. El conjunto de los artículos que componen el libro permite acercarse a diversos aspectos de la ciudad y de la vida urbana contemporánea poniendo el énfasis en procesos culturales y simbólicos que son parte fundamental de la vida social. Pensar y habitar la ciudad hoy en día no es una tarea simple, desde la densa trama de lo que se hace y lo que se reflexiona sobre ello, habitantes y analistas enfrentan nuevas facetas de la vida urbana para las cuales no hay una experiencia suficiente que permita transitarla con la seguridad de estar en un territorio conocido y previsible. Es desde la búsqueda por analizar y reseñar estos aspectos cambiantes de la ciudad que se elaboraron los artículos que aquí se presentan.

No es novedad afirmar que el análisis de procesos urbanos micro y macro sociales, requiere no de una sola aproximación conceptual o metodológica, sino de la concurrencia de múltiples enfoques disciplinarios. Es más, esto lo podemos tener ya como imprescindible en el campo de los estudios urbanos. Los productos de tal diversidad pueden apreciarse en los ámbitos espaciales y estrategias metodológicas empleadas en este libro. Esto amplía decisivamente nuestra capacidad de comprensión de temas y problemáticas urbanas al abordar fenómenos, acciones y significados, al tiempo que nos acerca a la manera en que se inscribe la diferencia y la desigualdad en el entorno construido de la ciudad.

Por otra parte, el énfasis en la dimensión cultural del fenómeno urbano y de su espacialidad es necesario en la medida en que permite atisbar a la esfera, a la vez persistente y mutable, de la creación de sentidos sobre aquello que ocurre en relación con el espacio vivido y representado. La ciudad es un incesante lugar de producción simbólica que es interpretado de manera rutinaria o inédita por aquellos que lo habitan. Desde diferentes ubicaciones en el mundo social de la ciudad sus habitantes, transeúntes, usuarios o ciudadanos participan en múltiples registros de lo urbano, haciendo posible la coexistencia en ámbitos saturados de lo demasiado, en donde siempre hay lugar para algo más.

Como bien afirman Low y Lawrence (2003) la relevancia que ha tomado el tema del espacio en las ciencias sociales en la última década se puede entender a partir del reconocimiento de que éste es un componente esencial de la teoría socio-cultural. Así, el análisis de una sociedad espacializada admite pensar desde una óptica distinta a la habitual temas recurrentes como el tránsito humano y de símbolos por la ciudad y más allá de ella, la vivienda como eje articulador de relaciones sociales, el género, las afectividades colectivas, el consumo, la memoria, apegos y pertenencias. Esto desde la certeza de que al espacializar el pensamiento social es posible entender los flujos materiales, simbólicos y humanos, y las diversas maneras en que éstos se insertan en contextos locales, no de una forma unidireccional sino por múltiples caminos. También conduce a pensar la experiencia en la ciudad como un entramado de percepciones y prácticas socio-culturales que se producen en el espacio urbano y que a su vez lo producen y resignifican. Al hacerlo, revelan diferencias, coincidencias, luchas y conflictos entre unos y otros por ocupar un lugar, por el acceso a recursos y bienes públicos, por el uso y apropiación de espacios públicos y privados: la calle, la plaza, el barrio, la colonia, los lugares de trabajo, consumo, entretenimiento y placer. En este sentido, la experiencia urbana, como afirma Sennett (2001: 252), «incluye numerosas referencias cruzadas entre fenómenos desconcertantes», lo que genera relatos, narraciones, interpretaciones, identificaciones y vínculos de apego «a la ciudad en sí».

Un rasgo significativo del conjunto de artículos que se presentan es la recuperación de las narrativas, testimonios y ámbitos de acción de actores situados social y *espacialmente* en la ciudad. Esto resulta interesante y necesario en la medida en que se busca dotar a los procesos urbanos que se estudian de un referente empírico que permita entender su ubicación dentro de temáticas conceptuales más amplias. Hace algunos años estaba en boga la discusión sobre si se hacía antropología *en* la ciudad o *de* la ciudad. Con la lectura de estos textos podría quedar claro que no se puede hacer análisis social *de* la ciudad sin ubicarse *en* ella. Se ha rebasado una perspectiva meramente descriptiva para ubicarse de manera clara en la construcción de un objeto de investigación cruzado por múltiples líneas de tensión: la elaboración conceptual de procesos locales, su inclusión en contextos de transformación metropolitana y en algunos casos sus ramificaciones a nivel regional.

Desde esta perspectiva, los textos que aquí se presentan son diversos en cuanto a las preocupaciones de orden conceptual y al tipo de ámbito espacial al cual hacen referencia; con todo, es posible ubicar un conjunto de temas que tienen que ver con el significado múltiple de la ciudad y que son consistentes entre ellos. Es sobre estas preocupaciones comunes que quisiéramos abundar. De manera sintética las podríamos englobar en los siguientes puntos:

- La ciudad como espacio de elaboración y expresión de afectividad colectiva.
- La ciudad como espacio de la memoria, del apego y de las apropiaciones en la vivencia de lo urbano en referencia a lo local, barrial y público.
- La ciudad como lugar sensible.

La ciudad como espacio de elaboración y expresión de la afectividad colectiva

A pesar de que en los artículos no se emplea de manera abierta la expresión de afectividad colectiva pensamos que ésta es una buena manera de englobar todo aquello que tiene que ver con la manera en que se elaboran sentidos y significados sobre el mundo social a partir, en primera instancia, de la interpretación que sea realiza de informaciones y prácticas circundantes. En la medida en que este tipo de interpretación no es individual sino que supone necesariamente un acuerdo tácito con los otros, la creación de significados a partir de indicios dispersos pasa a ser tomada como una expresión de lo real. La dimensión de la afectividad aparece en escena en la medida en que este conocimiento reposa más en lo sobreentendido, y por lo tanto impreciso, que en lo comprobable e instrumental. Siguiendo la afortunada expresión de Pablo Fernández Christlieb se trataría de un magma, de «una afectividad, general y difusa, que constituye la otra parte de la realidad, aquella que no es alcanzada por el lenguaje» (2000: 32). Esto que es muy cercano a la idea de una atmósfera, de una sensación compartida, tiene una de sus expresiones más nítidas en el ámbito urbano en la experiencia del miedo.

Si se piensa la vida social a partir de la acción de instituciones y la organización de actores derivados de ellas está claro que la violencia en la ciudad se enfocará como inseguridad, si se le piensa a partir de los ciudadanos y como experiencia social aparecerá entonces como miedo. Hay un temor amorfo, incierto, que se expresa en relación a la ciudad y teje reflexiones volátiles sobre los lugares y tiempos para desarrollar una actividad, pero la ciudad por sí sola no explica las sensaciones que se viven en ella. Como queda bien documentado en el texto de Alicia Lindón, hay usualmente un algo más en relación con el miedo en la ciudad, y es la sensación de desequilibrio en el orden de lo cotidiano, donde las certezas proveedoras de seguridad han perdido su estabilidad.

Siguiendo las imágenes propuestas en diversos textos por Rossana Reguillo se podría hablar de las ciudades de los manuales rotos para señalar cómo se está en aquellos espacios en donde hay un principio de inteligibilidad extraviado. Aquellos aprendizajes de la ciudad que se han labrado en la convivencia con los otros: mirando, desplazándose, escuchando, involucrándose sutilmente en los ritmos comunes, parece ser que han perdido su poder para organizar un sentido del lugar y la ciudad desde una perspectiva amplia y compartida. Los manuales que se escriben mirando a los otros son difíciles ya de hacer en las ciudades en que no se arriesga una mirada de más, y en donde lo experimentado en contextos no habituales es una persistente inquietud.

Y si aquello que no es familiar produce temor entonces emerge la pregunta sobre cuándo y cómo puede surgir el contacto con lo diferente, con lo otro, si las rutinas que estructuran los días transitan sólo por lo habitual. La idea del encierro toma aquí el sentido de no sólo estar acotado al espacio doméstico, remite también a la de un circuito de actividades que involucra espacios y personas fuera de los cuales se ubica a lo incierto con diverso grado de intensidad. Tal vez en esta lógica valdría la pena explorar qué hay dentro del miedo, cómo se combate el tedio que le es curiosamente correlativo, cómo se reconfigura la idea del espacio doméstico y, por supuesto, quiénes son los otros a los que se ha estigmatizado.

La relevancia del apego y las apropiaciones en la vivencia del espacio local o barrial, enfatizando la centralidad de la memoria

Existe una amplia y probada tradición en los estudios sobre la ciudad que parten de una matriz cultural o socio-simbólica en ubicar los procesos que estudian en algún ámbito localizado del entorno urbano. En este tipo de trabajos el énfasis en el barrio, la unidad habitacional o la colonia de residencia es persistente ya que forma

parte de una estrategia metodológica para abordar diversas facetas de la intensa vida social que se gesta alrededor del espacio habitado y al mismo tiempo para dar cuenta de las transformaciones del entorno metropolitano desde un lugar privilegiado. Hay una dinámica en la que aquello que ocurre en el espacio local es a su manera una cámara de resonancia de procesos más amplios que ocurren en el resto de la ciudad. Obreros que viven en la colindancia con su fuente de trabajo y que al cerrarse ésta persisten en la evocación de un espacio que les dotaba de puntos de referencia personales y colectivos; nuevos residentes de grandes proyectos habitacionales en la periferia de la ciudad que, a partir de estrategias mayormente individuales, se esfuerzan por transformar un espacio en principio extraño en un lugar apropiable; o bien territorializar momentos significativos de la propia existencia, desde una ubicación acotada por el género, para lograr la conquista de la libertad de movimiento en una zona periférica; todas estas son formas de ubicarse en la cambiante realidad de la ciudad donde su transformación obliga a modificar y crear nuevos puntos de referencia personales y sociales.

La ciudad requiere para ser experimentada y organizada cognitivamente de un punto de partida desde el cual se elaboran rutinas cotidianas que permiten acceder a lo cercano y a lo lejano. Este punto de partida no es sólo el de un cartógrafo que traza rutas y destinos, posee también un valor afectivo indudable en la medida en que su carácter de espacio cotidiano establece ritmos, tiempos y formas de contacto cruciales para la elaboración de un sentido del lugar del cual forme parte el mismo habitante, sea pensado en términos individuales o en relación con otros, y de aquí que pueda ser parte de una colectividad. Éste es uno de los énfasis que permite hablar de la identidad en relación tanto a la ciudad como al espacio habitado, ya que el conjunto de identificaciones que se elaboran a través del tiempo, en contacto con los otros habitantes, dotan al espacio de una perspectiva temporal que le da una densidad de sentido que no tiene para el paseante ocasional.

Sabemos bien que la memoria no es sin más la recuperación del pasado, es su compleja reconstrucción elaborada desde el presente, a partir de procesos de selección y omisión. Conmemoraciones, ritualizaciones, ciclos festivos, son todos ellos procedimientos sociales para marcar el tiempo al remitirlo a otro tiempo, a un pasado, y de ahí tener la seguridad de seguir siendo los mismos, reconocernos como semejantes a una historia y una continuidad que proporciona valores a los cuales adscribirse. En el artículo de Mariana Portal es un pasado espacializado en el barrio lo que hace posible reconocer un origen obrero a pesar de que la fábrica ya cerró. Aquí la memoria evoca continuamente la pérdida, lo que ya no está, como sinónimo de transformación negativa; con todo, esa misma memoria mueve a acciones colectivas para recuperar el pasado. En el artículo de Teresa Esquivel es el proceso de apropiación de la vivienda y de un centro urbano de proporciones masivas lo que mueve a realizar preguntas sobre las distintas formas en que se asigna sentido a la vida en la periferia, o puesto en otros términos, ¿cómo se gestan relaciones entre vecinos y una identidad barrial ahí donde el proyecto de vivienda es nuevo? El texto plantea cómo se elaboran los puntos de referencia sociales para los habitantes desde su experiencia previa en otros espacios, y la manera en que la socialidad ejercida en el pasado proporciona elementos para orientarse dentro de un mundo de relaciones interpersonales en un entorno físico recién creado.

En el caso de las agrupaciones juveniles analizado por Catalina Arteaga se señala una dimensión relevante: la «banda» como posibilidad de acceder a recursos simbólicos, materiales y afectivos que no están al alcance de los jóvenes en otras esferas de su mundo social. Así, en un entorno marcado por agudas carencias económicas las posibilidades de contar con satisfactores cotidianos se reduce al ámbito de lo informal, a aquello que las relaciones interpersonales puedan brindar, sea contacto afectivo, apoyo con bienes materiales, oportunidad para acceder a drogas. Con todo, el apoyo que estas agrupaciones prestan es intermitente, poco estable, y está marcado por una intensa diferenciación intergrupala, como si la condición de ser jóvenes en contextos populares urbanos más que funcionar como mecanismo de agrupamiento y reconocimiento común pusiera en marcha dispositivos de diferenciación.

En contraste, Patricia Safa y Jorge Aceves se aproximan a la manera en que los pobres en las ciudades experimentan la condición de exclusión social en relación a las formas desiguales de acceso a la vivienda. A partir de fragmentos de relatos de familias recuperan memorias singulares enlazadas a procesos de segregación urbana que afectan diferentes esferas de la vida social y cultural. El artículo reflexiona en torno a la reconstrucción presente de lo vivido por los protagonistas, inscrito en situaciones de cambio social que tienden a reproducir las condiciones de pobreza y de exclusión. ¿Cuáles son las tensiones que atraviesan los espacios públicos en las grandes urbes? En el caso que analiza Patricia Ramírez, el del Centro Histórico de Coyoacán, se conjunta el carácter histórico del lugar con la realización de actividades comerciales en él, lo cual da origen a múltiples desencuentros entre residentes, comerciantes y autoridades locales. La acción de diversos actores sociales con intereses encontrados hace emerger la imagen del espacio público como un recurso económico y social que es apropiado a partir de estrategias excluyentes. En esta espiral de conflictividad el deterioro del espacio común es recurrente, los acuerdos escasos y privan las estrategias que,

a partir de recursos de acción de diverso orden, van de lo socialmente legítimo a medidas de fuerza, intentan hacer prevalecer su visión sobre el sentido de lo público.

La ciudad como lugar sensible

Al preguntarse sobre la capacidad que tienen las imágenes de la ciudad traducidas en fotografías para recrear trayectos y recorridos urbanos, el texto de Miguel Ángel Aguilar busca indagar sobre las maneras en que la mirada es *capaz* de producir otros referentes sobre el espacio urbano. Es el caso de miradas ubicadas desde posiciones sociales particulares, sea por grupo etario, género o ubicación frente a un entorno cualquiera, que resultan en imágenes parciales y expresivas de la ciudad. Tal vez de cada mirada y situación podría emerger un mapa sensible particular, aunque sin duda condenado al olvido, su fugacidad conspira contra la fijeza. Con todo, algo persiste: las maneras de categorizar las percepciones sobre el entorno requieren de dimensiones a las cuales adscribirse (amplio-estrecho; bajo-alto; vacío-lleño) y éstas suelen ser guías para ordenar cognitivamente los estímulos sensoriales. De aquí que las sensaciones tengan que ver con repertorios personales, sociales y culturales de categorización. Es de esta forma que los mapas múltiples de la ciudad gestados desde un conjunto de experiencias dispares en algún momento se encuentran entre sí y adquieren una dimensión comunicable.

Al ubicar su mirada en la figura del *flâneur* el texto de Daniel Hiernaux explora no sólo las transformaciones en los espacios urbanos de consumo, sino también las mutaciones en las dimensiones sensibles de estos espacios. *El flâneur* en tanto que transeúnte tiene un contacto particular con los lugares por los que pasa, en su andar lento está en contacto activo con un entorno pleno de otras personas, mercancías, sonidos, en suma, sensaciones que recrean la atmósfera particular del consumo de una burguesía que se muestra en el espacio público. El sentido de la vista resulta predominante en este perderse por los espacios del consumo en la medida en que se está ahí para mirar y ser mirado. No sólo se trata de mirar personas, sino también en su capacidad de portar objetos, de ser maniqués móviles, con lo cual estos espacios de consumo adquieren con plenitud su carácter de espacios de exhibición. En los centros comerciales actuales la racionalidad e instrumentalidad del consumo se realiza en un ambiente sensorial ampliamente controlado, la sorpresa desde los sentidos es evitada a toda costa para no desestabilizar las atmósferas cuidadosamente diseñadas. La vista pierde su capacidad de toparse con lo diverso que se encuentra fuertemente enclaustrado en el exterior.

Por otra parte, la gama de miradas sobre la ciudad que se expresan a través del empleo de conceptos y estrategias de análisis es también relevante, dan cuenta de la consolidación de líneas temáticas y de la exploración de nuevas rutas. Sea desde la propuesta de deslindar «niveles, configuraciones y prácticas del espacio», como se realiza en el texto de Abilio Vergara, o bien en proponer la pertinencia del análisis situacional, como lo hacen Tamayo y Cruz, es patente que la ciudad es a un tiempo dato e interpretación, de ahí que sea necesaria la reflexión continua no sólo sobre qué sabemos de ella, sino también sobre la manera en que este conocimiento es producido desde aproximaciones metodológicas particulares.

Por último, resalta el interés en diversos artículos del libro por situar a actores y procesos a partir de su propio discurso. De manera central, o como parte de una estrategia de investigación de corte etnográfico, la realización de entrevistas con el objetivo de recuperar testimonios de personas situadas en un contexto urbano revelador se analizó desde una óptica que enfatizaba su carácter narrativo. Esto es, las entrevistas no sólo fueron consideradas como relato fluido de experiencias o puntos de vista. Se abordó su papel para hacer emerger ubicaciones y visiones del mundo social, articuladas desde una estructura narrativa que al ser comunicable apela a una modalidad de conocimiento común desde una voz individual, en la que converge lo singular y lo social.

Bibliografía

- FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, Pablo (2001), *La afectividad colectiva*, México, Taurus.
- Low, Setha y Denise LAWRENCE (2003), «Locating culture», en *The anthropology of space and place*, Oxford, Blackwell.
- SENNETT, Richard (2001), «La calle y la oficina: dos fuentes de identidad», en Anthony Giddens y Will Hutton (eds.), *En el límite. La vida en el capitalismo global*, Tusquets Editores, Barcelona.